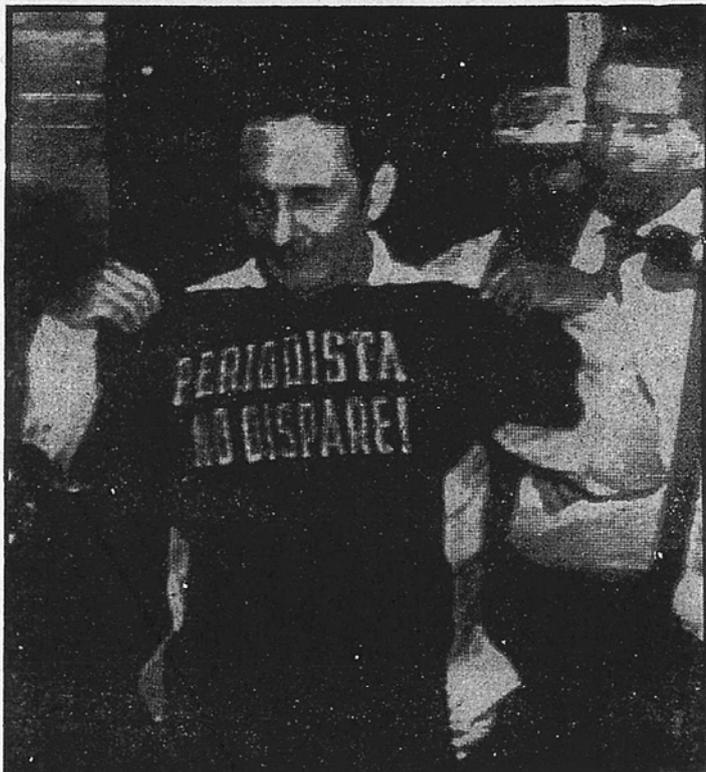


ENTRE LA FARSA Y LA TRAGEDIA ①

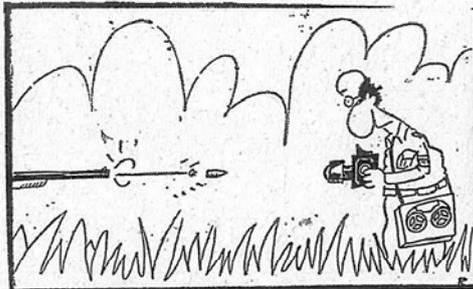
En un libro reciente se les ha bautizado «la tribu». Desempeñan una modalidad —el gran reportaje en zonas bélicas— son la que sueñan numerosos alumnos de las escuelas de periodismo. Son ellos quienes, en el mundo cada vez más frío y automatizado de la información, rozan con mayor frecuencia la aventura. Testigos en directo de acontecimientos, que condensan en una imagen o en un par de folios mecanografiados, adquieren con frecuencia, para el gran público, caracteres a menudo míticos. Sin embargo, tras cada artículo, detrás de cada fotografía enviada por teléfono o de cada secuencia de televisión, hay una larga serie de peripecias —trágicas unas veces, divertidas otras— que nunca llegan a convertirse en letra impresa. Esta es la crónica, con minúscula, de todas aquellas otras.

Fue un viejo periodista el que, posiblemente, proporcionó la mejor definición del género: «Para ser un buen reportero de guerra hay que tener buenas piernas, un estómago a prueba de los peores alcoholes, capacidad para dormir a cualquier hora en cualquier lugar, astucia y, sobre todo, carecer de escrúpulos en la medida de lo posible.» En buena parte, el comentario se ajusta a la realidad. Esa tribu de hombres y mujeres cargados con abolladas máquinas de escribir y complicados aparatos gráficos se mueve por los cuatro rincones del globo arrastrando con ella un mundo, un folklore muy particular, a medio camino entre el trabajo serio y responsable y el manicomio ambulante. Odiados por los estados mayores, escépticos y ruidosos, con úlcera, trampasos y duchos en artimañas de todo tipo, borrachines y con problemas conyugales en buena parte, los reporteros que habitualmente cubren conflictos bélicos saben por experiencia que, en cada guerra, la primera baja es siempre la verdad. Y según su carácter o su ética, luchan por resucitarla o se limitan a tomar la cosa con filosofía.

Unos siguen los combates desde la habitación de un lujoso hotel, con aire acondicionado y un vaso de algo en la mano. Otros traquean sobre las carreteras cubiertas de polvo, sudan junto a los soldados en la línea de fuego y, de vez en cuando, mueren. Dos periodistas españoles, Alfonso Rojo y Jesús González Green, saben por experiencia los funebres pensamientos que a uno le acometen cuando se encuentra a un peso del pelotón de fusilamiento. Mi pel de la Quadra-Salcedo se familiarizó con las balas palestinas cuando una de éstas la atravesó un brazo en un campo de entrenamiento guerrillero del sur del Líbano. Pero esas cosas ocurren cuando el reportero se encuentra metido en harina, cuando sabe que todo cuanto le ocurra o vea constituye información que podrá «vender» si sale con la piel más o menos intacta del asunto. Sin embargo, la historia de cada reportaje, la que le ha hecho posible llegar hasta la noticia, la que le hará posible regresar con ella para meterla en el horno caliente de su medio informativo, comienza mucho antes. La primera batalla que debe librar el enviado especial comienza en el mismo punto de partida.



Tal es la afición que los tiradores de ambos bandos han cobrado a disparar sobre los periodistas en El Salvador que algunas reporteros han adoptado esta significativa camiseta con el rótulo: «Periodista. No dispare».



nia. Apresura de las crónicas por los telex locales —fechadas en Iraq— antes de embutirse en un taxi para recorrer 800 kilómetros de desierto hasta Bagdad, manteniendo despierto al soñoliento conductor a base de cantarle al oído a grito pelado y mentarle a la madre, lo que no impidió que se salieran tres veces de la carretera. Uno de ellos, al llegar exhausto, sucio y sin afeitarse al centro de Prensa del hotel Mansur, encontró esperándole un telex de su redactor jefe: «Te hem» enviado allí para que nos hables de la guerra, no para que hagas turismo. A tu primera crónica le faltaba color local.»

implacable, va tachando con lápiz rojo aquellos párrafos que «pueden descubrir secretos militares al enemigo». Es rigurosamente auténtica la historia de aquel corresponsal español que, en Tel Aviv, durante la Guerra de los Seis Días, llegó un día con una crónica de setenta líneas a la oficina de censura y salió de ella con censura y dos líneas menos. Al día siguiente, ochenta líneas se quedaron en veintitantos.

—Lo siento, pero esto que escribe usted sobre esos tanques que vio en la carretera de Kuneitra tengo que eliminarlo.

—¿También eso? Pero si eran sólo cuatro tanques, y además ya no estarán allí cuando esto se publique...

—Lo siento, señor. Tengo que tacharlo.

—Maldita sea. ¿Me permitirán, al menos, decir que hay una guerra?

—Naturalmente, señor. Pero sería mejor que hablara usted de «guerra preventiva» en lugar de guerra a secas.

—¿Sabe usted una cosa? Me estoy volviendo pro-árabe por momentos.

—Espero que no escriba usted eso, señor. Me vería obligado a tachárselo.

El calvario del enviado especial a conflictos bélicos son las transmisiones. Todo su trabajo no vale nada si no se logra transmitir la información del día al periódico, la agencia o la revista antes de que éstos cierren la edición. A partir de media tarde, los hoteles o salas de Prensa en donde es-

● LA CENSURA DE GUERRA

El telex. En la cola, mientras se espera el turno para picar la cinta con la primera crónica, el reportero saluda a los amigos. Casi siempre suelen ser los mismos, todo el mundo se conoce de algún sitio: Chipre, Sahara, Nicaragua, Vietnam... Distraídos vistazos a las papeletas para ver si hay suerte y se encuentra la copia de ese tipo de la France Presse, que siempre está tan bien in-

LA PRIMERA BAJA ES LA VERDAD

● La censura militar puede dejar en 20 líneas una crónica de 80

● AVIONES Y AEROPUERTOS

«Oyer, Paco. Dice el director que te pongas unos calcetillos limpios y te vayas a Beirut. Los sirios se están inflando a matar cristianos.» Lo más frecuente es que sean las nueve de la mañana y el primer avión salga a la una de la tarde. El reportero en cuestión sale zumbando para su casa. Un par de camisas, documentación, enseres profesionales... La esposa está en la calle, haciendo la compra. A su regreso, encontrará sobre la mesa una nota escrita a toda prisa: «Me he ido al Líbano. Para noticias, telefona al periódico. Besos.» Mientras tanto, el periodista, con la lengua fuera, llega resoplando a la Embajada del país en cuestión. «El canciller no está. Tenga la bondad de es-

perar unos momentos.» Maldiciendo en arameo, nuestro hombre rellena los formularios, telefona a la caja de su periódico, para que le preparen el dinero... «¿Tiene usted fotografías tamaño carnet? Hace falta dos, y sólo lleva una en la cartera. A estas alturas, coger ese maldito avión se ha convertido en una obsesión, así que le da todo igual. Arranca una foto de cualquier carné que tenga a mano, mira el reloj, se muerde las uñas, llega el cancelier, le devuelven el pasaporte con el visado. En la calle, ni un maldito taxi. Una carrera hasta la Castellana, cargado con la bolsa del equipaje. Con la lengua fuera, sube a un taxi. El periódico. La cara de la parsimoniosa cajera, que nunca tiene prisa. «Te vas al Líbano? ¡Qué emocionante! Como no hay dinero líquido suficiente, le dan un cheque. Otro taxi,

Ventanilla del banco. Nuevo taxi. Un atasco. Las doce y quince de la mañana. Y el reportero llega a Barajas justo para ver despegar el avión de la Middle East Airlines. Hay otro avión para Atenas dentro de una hora, pero no quedan plazas. Ruegos. Súplicas. Zalemas y, a veces, sobornos. Después, volando sobre el Mediterráneo, el enviado especial empieza a pergeñar su primera crónica, que transmitirá desde la capital griega. No sabe con exactitud lo que está ocurriendo en Beirut, pero se lo imagina: «Bajo un diluvio de fuego, los barrios cristianos de la capital libanesa...» Con un poco de suerte, mañana podrá zambullirse en el fregado.

El 22 de septiembre del pasado año, cinco periodistas españoles perdieron su avión para Bagdad, el mismo día en el que daba comienzo la guerra del golfo. Tenían billetes de ida y vuelta Madrid-Roma-Bagdad, pero el aeropuerto de la capital iraní estaba cerrado al tráfico civil. Nadie como los enviados especiales saben la cantidad de juegos malabares que con ayuda de un sufrido y complaciente empleado de líneas aéreas se puede hacer con un billete de avión. Aquella misma noche aterrizaron en Kuwait. No tenían visado y no les permitieron pasar la noche en un hotel de la ciudad. Durmieron sobre los cómodos sillones del aeropuerto, siguiendo la guerra a través de una radio Sony ICF, y al día siguiente llegaron a Ammán, en Jorda-

formado. Comentarios, bulos, información a los olutamente falsa que se le pasa en tono confidencial al colega de la competencia, que, a su vez, está intentando sonsacarte lo que sabes sin decirte ni una palabra de lo que sabe él. Sin embargo, como ninguno de los dos sabe absolutamente nada, la cosa no tiene la menor importancia.

En Israel, durante la guerra del Yom Kippur, un reportero español le jugó una mala pasada a algunos compañeros. En venganza, éstos organizaron una conspiración y con ayuda de algunos colegas extranjeros —para darle más verosimilitud al asunto— lograron un convenio de que los judíos habían capturado la ciudad egipcia de Ismailia. El pobre incauto fabricó cuatro folios sobre el tema, explicando detalladamente lo duro que habían sido los combates, casa por casa, que llegaron hasta el arma blanca. Para su desgracia, el periódico que lo enviaba publicó la crónica de marras a toda plana, en primera página. Jamás se le volvió a ver el pelo en guerra alguna.

La censura de Prensa. Cuando la hay, los enviados especiales lloran lágrimas de sangre ante el censor, que,

tán establecidos los periodistas, se convierten en un maremagnum de teclado de máquinas de escribir, sonidos de telex, papeles desparramados por el suelo, nervios y espantadas miradas al reloj implacable. En los teléfonos, los periodistas radiofónicos aúllan sus crónicas suplican a las telefonistas para que no corten la comunicación... Algunos avisados llevan consigo cintas magnetofónicas grabadas de otros conflictos con ruido de disparos y explosiones y le hacen sonar como fondo de su crónica hablada, para darle a la cosa más emoción. Para otros no es necesario. Tal fue el caso de un compañero que, mientras transmitía telefónicamente desde un hotel de Bagdad, fue sorprendido por un bombardeo en las proximidades. En vez de salir corriendo se quedó allí, con el teléfono en la mano, contando emocionado lo que sucedía en aquel momento. Pero cuando terminó al otro lado del hilo sonó la voz del técnico de sonido que lo atendía desde Madrid:

—Muy bueno el número de las bombas, macho. Te lo has montado de película.

(Continuará.)

◆ Los intentos para intoxicar con noticias falsas a los colegas de la competencia suelen ser constantes

◆ El calvario del enviado especial a conflictos bélicos son las transmisiones

Por  Aruro PEREZ-REVERTE,

ENTRE LA FARSA Y LA TRAGEDIA ②

Ya vimos en el capítulo anterior que la «tribu» de los enviados especiales, que arrastra su esperpéntica existencia por aquellos rincones del mundo en donde hay conflictos bélicos, no es precisamente una congregación de chicos y chicas de coro. Los hay borrachines, tramposos, simpáticos, faroleros, héroes de opereta, héroes de verdad, cornudos y gente normal. Sus peripecias, trágicas unas veces, divertidas otras, constituyen un cuadro surrealista de aeropuertos, censura militar, transmisiones difíciles, zancadillas a la competencia y pugnias, a veces titánicas, con la censura militar y, muy a menudo, con el orden o con el desorden establecidos.



Una escena de la guerra irano-iraquí: en el frente, enviados especiales y los soldados que los acompañan se tiran al suelo, sorprendidos por un tiroteo.

"¿HAY ALGUIEN QUE HAYA SIDO VIOLADO Y QUE HABLE INGLÉS?"

◆ La frase, pronunciada por un reportero de televisión durante la guerra del Congo, ha pasado a ser un «clásico» de la profesión



tre en calma, en la que los reporteros no corran peligro y en la que las tropas de ese bando se encuentren en una posición más o menos triunfante. Por eso, una señal inequívoca para los reporteros de que la suerte de las armas resulta adversa para el Ejército antir-triunfante es el hecho de que el acceso al frente está vedado por completo.

Este tipo de viajes organizados, por otra parte, suele ser la desesperación de los reporteros, especialmente los gráficos. A menos que tengan la suerte de que los sorprenda un bombardeo enemigo o una ofensiva inesperada, lo normal es que se den un paseo, fotografien a unos cuantos soldados aburridos que hacen con los dedos la V de la victoria y se vuelven a sus hoteles jurando a todos los diablos. Por otra parte, al ir en grupo, todos ellos escriben y fotografían lo mismo, lo que resulta un tanto monótono y hace auillar de rabia a los redactores jefes de sus lugares de origen.

Las «guerras desorganizadas» ya son otra cosa. Líbano, Nicaragua, El Salvador, Chipre, Vietnam, el Congo y tantas otras fueron la delicia de los periodistas. En esos lugares fue y es posible subir a un taxi y convencer al conductor a base de dólares para que le lleve a uno hacia el lugar en donde suenan los tiros, y una vez allí cada uno se las apaña como pue-

de. Una vez sobre el terreno, existe la posibilidad de agregarse a una unidad militar en operaciones, pernoctar en las trincheras, presenciar los combates y, en resumen, «vivir» la guerra para escribir directamente sobre ella o fotografiarla lejos de esos partes oficiales siempre victoriosos que reparten los estados mayores y en los que jamás se encuentra nada interesante. Hueiga decir que en estos lugares es donde a veces se muere.

Las «guerras desorganizadas» son las que arrojan mayor balance de víctimas entre los enviados especiales que las cubren. En Saigón, durante la ofensiva vietcong del Tet del 68, cuatro periodistas occidentales fueron asesinados en el barrio de Cholón, a sangre fría, uno por uno, a pesar de sus gritos de «Bao chi, Bao chi —Prensa—. Durante la invasión norteamericana de Camboya cayeron 18 periodistas en un mes. Hace poco, en El Salvador, murió un fotógrafo francés cuando se encontraba en pleno trabajo, alcanzado por una bala en el pecho. Todos vieron a Stewart, de la televisión norteamericana, ser liqui-

dado de un tiro en la cabeza por un carnicero con uniforme somocista, durante la guerra de Nicaragua. O aquel cámara de televisión sueco, que filmó su propia muerte en Chile, durante el golpe de Estado contra Allende, grabando las imágenes de los soldados que le disparaban...

EL RIESGO

Sin embargo, todo hay que reconocerlo, la mayor parte de los enviados especiales están dispuestos a correr riesgos, siempre en proporción al valor personal de cada cual, para «tocar» los combates antes de hablar sobre ellos. La guerra puede llegar a ser, incluso, divertida para los periodistas que se encuentran en ella. Ha pasado ya al folklórico de la profesión la legendaria anécdota de aquellos reporteros de televisión que, en el Congo, durante la sublevación de los «simbas», cuando el aeropuerto de Elisabethville estaba lleno de fugitivos, mujeres, niños, monjas y misioneros que esperaban abandonar el país tras haber sido rescatados de los rebeldes por los paracaidistas belgas, se paseaban con las cámaras al hombro y el micrófono en la mano entre los refugiados, preguntando: «¿Hay aquí alguien que haya sido violado y que hable inglés?»

Porque lo que el enviado especial necesita es la imagen, la realidad, el testimonio directo, la actualidad. Por ellos, por el «scoop», la exclusiva, sería capaz en ocasiones de vender su alma al diablo. Esa fiebre de la noticia del acontecimiento, es la que, a veces, le hace incurrir en actitudes que con cierta frecuencia despiertan las críticas de sus colegas moralistas —gente que, por otra parte, no suelen juzgarse la piel en una batalla—. Un conocido fotógra-



◆ Las «guerras desorganizadas» son las que arrojan mayor balance de víctimas entre los enviados especiales que las cubren

EL ABSURDO

Aparte de las situaciones absurdas, que son infinitas, la guerra crea también momentos dignos de figurar en un filme de los hermanos Marx. Durante la guerra entre turcos y grecochipriotas, en 1975, el hotel Ledra Palace, de Nicosia, quedó cercado por los paracaidistas turcos con veinte soldados chipriotas, y ciento cincuenta enviados especiales de todo el mundo en su interior. Como en la famosa escena del camarote del barco en «Una noche en la ópera» —Déjeme las uñas cortas —le dice Cruchino a

la manicura— porque ya no va quedando sitio—, los combates en torno al Ledra Palace oscilaban de continuo entre la tragedia y la comedia, pero apretados unos con otros como sardinas en lata. Un reportero de origen griego, que hablaba turco, descolgaba de vez en cuando el teléfono y hablaba con unas dependencias del hotel, situadas al otro lado de la piscina, en donde se encontraban atrincherados los soldados que disparaban contra el edificio.

—No tiris, cabrones —les decía furioso—. Estamos aquí un centenar y medio de tipos neutrales y sólo veinte enemigos. Terminéis dándonos a los neutrales, lo sé.

(Por cierto, cuando los griegos que estaban dentro del hotel descubrieron las «conversaciones que mantenía su compatriota, se empeñaron en pegarle un tiro por pasar información al «enemigo», y sólo la decidida actitud de los otros cuarenta y nueve periodistas impidió a los veinte soldados griegos liquidar a parlanchín.)

La batalla del Ledra Palace es, posiblemente, la aventura que los reporteros que la vivieron recuerdan con mayor hilaridad, hasta el punto de que la esperpéntica de la situación ha hecho, con el tiempo, olvidar a los que fueron protagonistas las horas de angustia allí pasadas. Hubo momentos en que los soldados que defendían el hotel desde la terraza tenían que dejar de disparar de vez en cuando, y pedirles a los periodistas que se movían a su alrededor que se apartasen, por favor, porque constantemente se les estaban metiendo fotografías en el campo de tiro. Señalemos también que, por una apuesta, dos periodistas españoles —uno de ellos Caspar, el sónico del equipo de Televisión Española— salieron a la calle a correr un rato bajo el fuego de los turcos, mientras Aglae Masini, la actual corresponsal de PUEBLO en Las Palmas, les alebaba tumbada cuerpo a tierra en el hall del hotel, a los gritos de «viva la raza».

Pero lo verdaderamente curioso de la batalla del Ledra Palace, por algún extraño milagro, es que sólo hubo un periodista herido por cascos de metralla. El resto salió ileso del hotel, incluyendo a Aglae Masini, que acompañada por otro reportero de PUEBLO, se perdió más tarde por las calles de Nicosia bajo un bombardeo, y caminaba junto a su compañero pegados ambos a las fachadas de las casas, mientras caían las bombas, con un plano de la ciudad en la mano y buscando los rótulos de las calles como vulgares turistas. Unos rótulos, naturalmente, que estaban escritos en griego

(Continuad.)

El corresponsal de guerra —la experiencia es madre de la ciencia— suele ser hombre —o mujer— ducho en toda clase de trucos para realizar su difícil trabajo. Pero Mario Herrero, de «Ya», se disfrazaba de cura en Saigón durante la guerra de Vietnam para salir por la noche a transmitir su crónica, a pesar del toque de queda. Y así, repartiendo bendiciones a diestro y siniestro, llegaba el hombre cada noche hasta la oficina del télex, despachaba su papel y se volvía a dormir sin que nadie le molestase. La argucia eclesiástica es —menos en América Central— muy socorrida, pues muy pocos militares se atreven a sospechar de un ministro de Dios, aunque éste lleve las cámaras fotográficas escondidas bajo la sotana. Un periodista de PUEBLO, Vicente Talón, se confundió en un hábito de misionero comboniano para entrar en Katanga durante la guerra del Congo. En realidad, es raro el disfraz que no haya sido adoptado alguna vez por los reporteros: médico diplomático, monja, pastor de ovejas, soldado, obispo tibetano... Todo es válido en la guerra secreta de la información.

NO TODAS LAS GUERRAS SON IGUALES

Cuando llega la hora de ir al frente, los corresponsales veteranos suelen distinguir entre dos tipos de conflicto: las «guerras organizadas» y las «guerras desorganizadas», prefiriendo casi unánimemente estas últimas. En las primeras, las autoridades del país en cuestión controlan los movimientos y las comunicaciones de los periodistas hasta extremos insospechados. Llegar hasta el frente de batalla sin autorización —difícil de obtener, por otra parte— resulta una empresa altamente peliaguda, y siempre pende sobre la cabeza de uno la espada de Damocles de la fulminante explosión. Periódicamente, el mando militar organiza un viaje de periodistas, denominado «charter» en el argot profesional, para dar a éstos un paseo por la zona del frente que se encuen-

Por  Arturo PEREZ REVERTE 

ENTRE LA FARSA Y LA TRAGEDIA Y 3

El reportero que cubre conflictos bélicos, como ya vimos en los dos capítulos anteriores, debe ser capaz de trapear, mentir, sobornar y, en suma, moverse cuando sea necesario al margen de lo permitido por las autoridades competentes. Todavía está por demostrarse que, inmerso en el marasmo de una guerra, un enviado especial haya podido realizar satisfactoriamente su trabajo creyéndose todo lo que le cuentan las fuerzas armadas y el Gobierno del país en cuestión, o acatando las instrucciones y limitaciones impuestas por éstos. Si así lo hace, va listo.

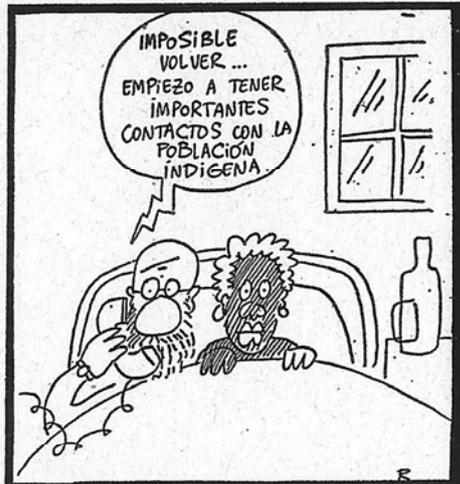
En este surrealista oficio existe entre los viejos zorros de la profesión un dicho poco ético moralmente pero profesionalmente objetivo, referido a que «todo cuanto haga el periodista está justificado si los resultados son rentables». En última instancia, eso es lo que interesa al medio informativo que se ha fiado de él lo suficiente para costearle el viaje. Pero también se necesitan abundantes dosis de suerte. Si el reportero que se dedica a estas cosas —como el que hace otras— no es uno de esos hombres o mujeres a los que la «hermana suerte» besó dulcemente en la frente en el momento de nacer, ya puede colgar el bolígrafo y el papel de un clavo y dedicarse a cualquier otra cosa. Especialmente si pretende cubrir guerras.

do creyendo que favorecía una misión cultural. Llegado a Jartum, en un bar, el periodista se emborrachó una noche con un cazador español, que a su vez le presentó a un alemán que estaba en contacto con los guerrilleros eritreos que comba-

dias, los corresponsales de guerra no suelen ser buitres ávidos de sangre. Para Pepe Colchero, de Logos, «las guerras están ahí. Nosotros, cuando nos mandan, nos limitamos a ir a ellas y contar lo que está ocurriendo. La gente muere o no, estemos presentes o no. Pero al menos nuestra presencia y nuestras crónicas sirven para que el mundo sepa lo que sucede». Vicente Talón es de la misma opinión: «Acudimos allí porque tal es nuestro trabajo, aunque en honor a la verdad hay que reconocer que nadie nos obliga. Vamos porque este tipo de aventura nos atrae... ¡Yo, en veinte años de hacer ese trabajo, no he tenido jamás un seguro de vida!». Para Fernando de Giles, de RTVE, los reporteros que cubren guerras cuentan con un argumento

demejado. Pero quizá el más descaradamente sincero de todos los corresponsales de guerra españoles sea Pedro Mario Herrero, de «Ya», cuando en el prólogo de su libro «Apuntes» escribe que, «aunque algunos se escandalicen, un corresponsal termina por amar la guerra».

Amado u odiando la guerra, según los momentos, los periodistas que cubren este tipo de reportaje suelen ser unos escépticos que le caen bien a la tropa y a quienes los oficiales de Estado Mayor no pueden tragar. Es legendaria la anécdota —auténtica— de la conferencia de Prensa en Saigón, durante la guerra de Vietnam. Como cada semana, el comandante del servicio de información sudvietnamita hacía el habitual balance de las pérdidas enemigas: «En tal



MIL PESETAS EN MIL PESETAS

durante su misión, sino que el maldito está intentando colar, sin mentir del todo, las cinco mil castañas que le pegó en Bangkok a una moza ligera de cascos, bajo el concepto «No Somos De Piedra» (N. S. D. P.).

Generalmente, un jefe de contabilidad, que conoce las dificultades que plantea cualquier reportaje, sabe que hay una serie de gastos insólitos e imprevisibles. Por eso suele hacer la vista gorda si descubre en la nota de gastos que le presenta el periodista algún camelo de escasa entidad. Sin embargo, de vez en cuando, el reportero y el jefe de contabilidad protagonizan penosas escenas del tipo:

—¿Cinco mil pesetas por un solo viaje de taxi en Beirut? —pregunta indignado el jefe de contabilidad.— Esta vez te has pasado, Mariano.

—¿Que me he pasado? Te comunico, majete, que en Beirut hay una guerra. ¿Sabes? Con tiros y bum-bum. Y el taxista que te acerca al frente o cruza la línea de demarcación, o es gillipueñas o te cobra un dineral, porque se expone a perder el coche y el pellejo. ¿Es que no lees los periódicos?

—Bueno, bueno. Puede ser —responde el jefe, no muy convencido—. Pero, ¿qué más dices de estas 10.000 de alquiler de un coche? ¿Por qué no hay factura?

El reportero mira a su interlocutor como si fuese cretino absoluto.

—El coche era robado. El jefe de contabilidad, sacándose con un pañuelo el

—¿Qué?

—Que era robado. El coche. Robado. Hubo que ir a Tiro y no había vehículos. Un golfito local se ofreció a robar un coche y llevarme con otros dos colegas. Le soltamos diez mil pesetas cada uno, a la altura de la frente, mira el reportero como quien mira a un delincuente convicto y confeso.

—¿Y estas 5.000 que has marcado aquí en concepto de «sobornos»? —pregunta débilmente—. No dudo en absoluto que vayas por ahí sobornando a la gente. Te creo muy capaz. Pero sácame de una duda... ¿Era rubia o morena?

FIN DE LA SERIE

LA SUERTE

Y no se trata de suerte para escapar a las balas y todas esas historias tan dramático-épico-heróicas, sino de tener buena estrella para la oportunidad, para descubrir el resquicio por el que apunta la posibilidad de un buen reportaje... La suerte debe ser una vieja amiga, con la que se coquetea y a la que, como a una furcia, se explota sin ningún escrúpulo, hasta el final. Tal fue el caso de un enviado especial de PUEBLO que pretendía hacer un reportaje en Sudán, país en que se negaba en aquella época el visado a los periodistas. En consecuencia, nuestro hombre llegó a Jartum adoptando la profesión de «sociólogo africano», título que sonó de modo convincente en los oídos del canciller sudanés en París, que extendió el visa-

tían en el norte de Etiopía. Una semana después el reportero cruzaba clandestinamente la frontera con Etiopía al amparo de una noche sin luna. Por pura casualidad llegó en plena ofensiva eritrea contra la ciudad de Tessenet. Entró en la localidad con las primeras olas de asalto y logró cuatro centenarios de estremecedoras fotografías de sangre y tipos destripados que fueron reproducidas en diarios y revistas de Europa e Iberoamérica. «Fue una batalla preciosa —contaría nuestro hombre más tarde—. Las calles estaban cubiertas de fiambres todavía calientes, y ese tipo de fotos siempre se vende muy bien. Gané con aquellas imágenes unas docenas mil pesetas, y como calculo que allí habría docientos cadáveres, resulta que me pagaron a unas mil pesetas cada muerto.»

A pesar de lo que a veces puedan indicar las aparien-

irrebatible: «Se meten en una especie de juego en el que, a veces, apuestan su propia vida. Están dispuestos a pagar con ella la factura, y eso los redime, quizá, de muchas de las locuras que a veces co-

sitio, tantos vietcong muertos. En aquel otro, nosescuñtos. Aquí, docientos. Acullá, tropecientos...» De pronto se levantó un colega.

—Señor comandante... Según informes proporcionados

corresponsal bélico, como en la del reportero en general, existen una serie de gastos imprevisibles, sujetos a los condicionamientos del lugar y las circunstancias que se dan en el momento de ma-

- Los reporteros suelen ser individuos que le caen bien a la tropa y a quienes los Estados Mayores no pueden tragar
- Dominar el arte de la «nota de gastos», una virtud que sólo los muy veteranos poseen

meten.» Del mismo parecer es Manu Leguineche, que retrata la variopinta fauna reporterial en su libro «La tribu» —aunque mitificándola

por usted mismo, hace un mes, en la localidad X fue cercado un batallón vietcong. ¿Es cierto?

—Exacto.

—Un batallón de docientos cincuenta hombres. ¿Era así?

—Así era, en efecto.

—Bien. Desde entonces, usted nos ha ido proporcionando las cifras de vietcong de ese batallón que las victoriosas tropas de Vietnam del Sur han ido matando: hace cuatro semanas matorra a ochenta y tres. Hace tres semanas, a noventa. Hace dos, a ciento cuatro. Hace una, a ciento veinte. Hoy, usted acaba de asegurar que de los vietcong cercados en X se ha dado muerte esta semana a sesenta y cuatro. Sumando, me salen trescientos cincuenta y siete muertos: ciento siete de más... ¿Puede usted decirme, comandante, contra quién diablos se está luchando actualmente en X?

LA NOTA DE GASTOS

Hay algo que no se enseña en ninguna escuela de periodismo y cuyo dominio, sin embargo, es fundamental para el reportero que cubre conflictos: la nota de gastos. Es sabido —y quien no lo sepa que se entere ahora— que en la vida nómada del



A menudo, el reportaje desemboca en tragedia. En El Salvador, el fotógrafo Harry Mattison cubre con su cuerpo el de su compañero Olivier Rebot, de «Newsweek», alcanzado por un disparo. Rebot murió a las pocas horas

Por

Arturo PEREZ REVERTE

